

no podría conciliarse con la obra secundaria que tenemos que cumplir.

»Conociendo á Dios en su integralidad, ya no quisiéramos ser sus servidores, sino sus iguales. Y segun la tradicion, esto es lo que se proponia el primer hombre cuando á hurtadillas comió la fruta del árbol del bien y del mal. La humanidad ha heredado este deseo, mas no está de acuerdo en cuanto á los medios. El medio existe sin embargo; la palabra de Jesús nos lo ha dado una vez para siempre. Y esa es la razon por la cual, querido hijo, te he enseñado la tradicion de la Biblia y educado en la moral del Evangelio. Te he asegurado que sólo hay un Dios, que te he enseñado á admirar y á glorificar; te he hecho comprender lo que son un padre y una madre, y lo que les debe tu corazon. Te he prohibido hacer á los demás lo que no quisieras que hicieran contigo, y te he enseñado, si no á querer, esto no se aprende tan pronto, por lo ménos á respetar al prójimo como á tí propio, y á ayudarle y socorrerle segun tus fuerzas. Nunca te has apropiado el bien ajeno, y nunca has faltado á tu palabra; por fin, si te has visto tentado por la mujer de otro, gracias á tu trabajo y á tu voluntad no has sucumbido á la tentacion, has permanecido casto, y ahí te encuentras lleno de fe, fuerte y virgen frente al amor y por consiguiente al matrimonio.

»Ahora que ya conoces bien tus relaciones con el

Criador, á la vez que con la creacion; ahora que comprendes bien el significado de tu mediacion terrestre, quizás te atrevas á decir á lo *femenino*: «¿Qué hay de comun entre los dos?» ¿Y te consagrarás únicamente y en tu totalidad al amor de las cosas que no perecen, de Dios, de la Naturaleza, de la humanidad, de la ciencia, del arte? Si has llegado á este punto, nada me resta que decirte, hijo mio; está resuelto el problema, y yo me prosterno ante tí, dando gracias á la mujer que me ha ayudado en la obra de tal hijo; mas si la superabundancia de vida contenida en tí quiere desahogarse en otra forma diferente de la tuya; si experimentas la necesidad de amar y de ser amado, no sólo en tu corazon sino con tus sentidos, y si crees poder hacer lo que han hecho otros hombres de los más útiles y grandes, con riesgo de los peligros de la alegria ó del dolor; si crees poder conciliar el amor con tu mision de hombre, no busques el amor fuera del casamiento; allí sólo está, porque allí sólo existe la estimacion y el respeto. El amor sin el aprecio no puede durar mucho ni elevarse muy alto. Es como un ángel que sólo tiene un ala. Oirás decir, sin embargo, alrededor tuyo que un hombre civilizado debe conocer mujeres ántes de casarse, aunque sólo sea para aprender á conocer á las mujeres y no parecer ridículo y torpe ante la que va á ser su esposa. Esto que oirás no es cierto. No es la posesion física la que nos hace conocer á la mujer.

Cuanto más las mujeres, fuera del casamiento, divulgan los secretos de su cuerpo, más guardado tienen el de su alma. Una mujer que posee un amante, siempre tendrá algo que ocultarle. Cualquier sacerdote que sea inteligente y *casto*, al cabo de seis meses de confesionario conoce mejor á las mujeres que D. Juan Tenorio con toda su lista de mil y tres. Además, las mujeres que conocieras de esta manera, ó serian mujeres malas que te desviarían de tu camino, ó mujeres honradas á quienes apartarías del suyo. Las primeras sólo te enseñarían á despreciar á las mujeres, y las segundas á despreciarte á tí mismo. Cuando encuentres á una mujer, bien sea despues, bien sea ántes de casarte, si está abajo, trata de hacerla subir; y si se halla arriba, no la hagas nunca rebajarse. No hay espectáculo más bello que el de una mujer honrada. Con esto ya sabes sobre el particular tanto como cualquiera pueda saber.

»Cásate, pues, en cualquiera esfera que sea, siempre que la que elijas por esposa sea creyente, púdica, laboriosa, sana y alegre, sin ironía. No te cases nunca con una jóven burlona. La ironía en la mujer es el síntoma del infierno. Trata de conocer bien á los padres. ¡Tales padres, tales hijos siempre! Cuando hay una excepcion á esta regla, la excepcion sólo es aparente; es que no se ha observado lo suficiente. Guárdate bien de imponer á tu mujer la maternidad; debes hacérsela comprender y de-

sear. Utilízala á menudo, pero respétala siempre en su forma; no la glorifiques sino en su valor de esposa y en su funcion de madre; pero que lo sea en el verdadero y noble sentido de la palabra, y que lo sea lo más á menudo posible. Los numerosos hijos de una madre como ella y de un padre como tú, son, no solamente la bendicion de la familia, sino el ejemplo, que vale más que la misma leccion, sin duda porque es más difícil darlo. Todo aquel que en su vida íntima no sigue los principios ó los consejos que da, es un hipócrita ó un loco, que sólo merece se le vuelva la espalda. Si Jesús se hubiese contentado con explicar su admirable moral sin practicarla él mismo, no hubiese creado su religion; sólo hubiera expuesto una doctrina para que muriese muerto con él. Ha sido divino por la conformidad de su vida con sus preceptos.

»Sé, pues, tan intachable como le exiges á tu compañera que lo sea, para no causarle ningun disgusto y no proporcionarle ninguna disculpa. Iniciala de una manera leal á tu destino humano y divino, con el objeto de que si tú llegas á morir ántes que tus hijos estén en aptitud de dirigirse á sí mismos, ella no necesite de otro hombre para esta direccion, pueda constituirse padre y madre á un tiempo, que es el grado más alto á que puede llegar la mujer, colocada y desarrollada en su valor.

» Hazle comprender la vida, que es muy sencilla;

explícale la muerte, que es muy fácil, cuando se hace de la vida el uso que debe hacerse de ella; y que esté bien convencida que la una y la otra sólo son medios para la eternidad, en la cual entráis ambos, y en donde ya nada os podrá separar, porque no habeis sido el Hombre-Mujer, sino para estar unidos en un solo amor.

» No olvides que al tomarla por auxiliar te comprometes á ser para ella un esposo, un amigo, un hermano, un padre y un sacerdote. Ninguno más que tú debe penetrar nunca en su alma; cualquiera que sea el carácter del cual estés revestido. A pesar de lo que ha dicho Voltaire, no es nuestra credulidad la que hace al cura poderoso, es nuestra ignorancia la que lo hace indispensable. Una vez que tengas conciencia de tí mismo, ya no necesitas intermediario entre tu Dios y el suyo, que es el mismo en tí y por tí. Ultimamente, si eres del número de los que saben, pruébalo uniendo los tres lados del triángulo: Dios, el hombre, la mujer.

» Y si despues de todo, y á pesar de tus precauciones, de tus enseñanzas, de tu conocimiento de los hombres y de las cosas, de tu virtud, tu paciencia y tu bondad, te han engañado con apariencias ó falsedades; si has asociado tu vida á una criatura indigna de tí; si despues de haber intentado inútilmente hacer de ella una esposa como debe ser no has podido salvarla por la maternidad, esa redencion ter-

restre de su sexo; si ya no quiere atenderte ni como esposo, ni como padre, ni como amigo, ni como señor; y si no se contenta con todo esto, sino que tambien abandona á sus hijos y se va con el primero que se presenta á dar vida á otros seres que seguirán conservando su casta maldita en este mundo; si no hay nada que la impida prostituir tu nombre con su cuerpo; si ella te limita en tu movimiento humano; si te detiene en tu accion divina; si la ley que se ha otorgado el derecho de ligar ha prohibido el de desligar y declara su impotencia, proclámate personalmente, en nombre de tu Señor Dios, el juez ejecutor de aquella criatura. Aquello no es la mujer, ni siquiera una mujer: no está dentro de la concepcion divina; es puramente animal, es la mona del país de Nod, es la hembra de Cain: — mácala.»

Esto es, caballero, lo que yo diria á mi hijo si lo tuviera; pero este hijo yo no lo tengo. Mi consejo, pues, queda sin efecto, como otros muchos, porque sólo á los hijos que uno ha hecho y que uno mismo ha educado tiene derecho á inculcar ideas tan absolutas y probablemente tan insensatas como las mías.

De todos modos, esas son las ideas que fijas en mí hace tiempo, confirmadas por la lectura de vues-

tra agradable carta, y evocadas de repente, no he podido resistir al deseo de comunicaros.

Aceptadlas, querido colega, no como hijo sino como compañero, con la expresion de mis mejores sentimientos.

A. DUMAS HIJO.

Junio de 1872. — Seignelay.

(Debajo del castaño.)

LA MUJER-HOMBRE.

CONTESTACION DE UNA MUJER

A

MR. ALEJANDRO DUMAS.